

produjera (1) para sí mismo y sus gobernantes una abundancia de riqueza que daba apoyo y fuerza a la dinastía para extender su influencia mucho más allá de las propias fronteras. En cambio, siempre ofrecieron poca seguridad las posesiones que esta dinastía logró adquirir en la Siria y en la Arabia; lo contingente de la comunicación, constantemente amenazada, por el estrecho istmo de Suez con el Asia, que ya había repugnado el primer Omar, dificultaba la rápida acción en aquellas provincias y favorecía las tentativas de los bizantinos, así como también de los caudillos mesopotámicos y árabes, para rechazar a los califas egipcios hasta el Nilo.

Esta contingencia quedó ya evidenciada, muy poco después de la conquista de la Siria, con motivo de la agresión de los karmatas, que había sido la causa inmediata de la traslación de Mo'is al Cairo. Efectivamente, en el año 363 (974) se repitió la irrupción, y como era de temer, en vista del tiempo empleado en sus preparativos, con fuerzas considerables, muy superiores al ejército de Mo'is. A pesar de que los bereberes pelearon con su acostumbrado denuedo y hasta, según se refiere, lograron salir vencedores del primer encuentro, el califa no consideró prudente jugar el todo en una gran batalla; se retiró tras los muros de la capital, y se valió de los mismos medios que tan buen resultado habían dado a Schauher tres años antes. Encontró a los beduinos de la tribu de Tay, que habían reforzado las huestes karmatas, dispuestos a hacer traición a sus camaradas por una cantidad determinada; y cuando los bereberes atacaron a los sitiadores (2), los beduinos emprendieron la fuga en seguida, con lo cual la sorpresa y la confusión que este acto causó entre los demás, a pesar del gran arrojo del caudillo A'asam y de los que le rodeaban, dieron la mas completa victoria a los fatimitas. Antes que los restos del dispersado ejército hubiesen llegado a Lajsa, ya había tenido imprevisto fin la dominación karmata en la Siria. Los caudillos de las dos divisiones que habían quedado en aquel país, se habían enemistado, acaso ya antes de la batalla decisiva en el Egipto; esta circunstancia fué aprovechada por el general egipcio enviado inmediatamente al Norte, que se entendió con aquel de los dos adversarios opuesto al mando superior de los karmatas, que ya había derrotado y hecho prisionero a su rival; y así volvieron los bereberes a tomar posesión de Damasco. Mas según su costumbre maltrataron a los habitantes, los cuales desesperados acudieron a las armas, y otra vez se encendió una guerra de todos contra todos, que solo pudo ser sofocada a mediados de 364 (975) por Reiyán, eunuco del califa, que acudió del Egipto con nuevas tropas. Todavía en el mismo año fué expulsado Reiyán de Damasco por una hueste de aventureros turcos capitaneada por Aftekin, oficial

(1) Como es sabido, fuera del estrecho valle del Nilo solamente el Delta y el Faiyum (oasis del lago de Moeris) son cultivables; y estos juntos no representan mas que 554 millas cuadradas, menos todavía que la extensión de Bélgica (Ad. Erman: *El Egipto y la vida egipcia en la antigüedad*, Tubinga, 1885, pág. 31).

(2) Las fechas que cita Wüstenfeld: *Historia de los Califas fatimitas*, págs. 121 y 122, según las cuales la incursión de A'asam en el Egipto se efectuó en el mes de Scha'aban y la batalla decisiva se dió el día primero de Ramadan, no concuerdan con los demás datos, a cuyo tenor las tropas fatimitas siguieron lentamente a los karmatas fugitivos, y sin embargo, se presentaron ya el 23 de Ramadan delante de Damasco. Menos verosímil es todavía que el caudillo karmata Abu'l-Munadscha tomara parte en la batalla delante del Cairo a principios del mismo mes y se encontrara ya de vuelta en Damasco el día 10. Los textos que tengo a la vista no me facilitan la fijación de las fechas exactas; acaso quede solventada la dificultad principal con la suposición que hago en mi texto de que Abu'l-Munadscha no fué destacado del ejército fugitivo sino que había permanecido desde un principio en la Siria.

del buweihida Bahtyar, que había reñido con su señor en el Irak y buscaba entonces dónde constituir un principado para sí mismo. Aftekin mandó hacer en Damasco las rogativas a nombre del califa abasida Taik; pero deseando asegurarse contra las agresiones que tenía que temer por parte del Egipto, hizo alianza con los bizantinos, que acababan precisamente de rechazar y derrotar delante de Beirut a una columna fatimita que había penetrado hasta Trípoli. No solo aquel lugar sino también Seida (Sidon), y con ellos toda la costa hasta la altura de Damasco, estaban a la sazón en poder de los bizantinos. Sin embargo, no creyeron muy prudente conservar una posición tan avanzada hacia el Sur; y cuando ya habían emprendido la retirada hacia Trípoli, logró todavía infligirles una derrota Reiyán, el cual, después de su expulsión de Damasco, se había juntado con los restos del ejército derrotado, y privó de este modo a Aftekin de la ventaja que había esperado sacar de su cooperación con los griegos. Por el pronto, empero, no había que pensar en la reconquista de Damasco.

De lo ya expuesto se puede deducir el cúmulo de complicaciones que había de resultar de estas diversas marchas y contramarchas de emires turcos o árabes, procedentes ya del Este, ya del Norte, de tropas bizantinas del Noroeste y de huestes fatimitas y karmatas del Sur. Para la historia general del Islam tienen estas complicaciones significación sintomática, pues que caracterizan la persistente disolución del Estado abasida y preparan el ánimo para los triunfos de los cruzados, que solo se explican por el desquiciamiento de las fuerzas ismaelitas. Desde este punto de vista nos ha parecido útil exponer con alguna minuciosidad los primeros pasos de los fatimitas en la Siria; en adelante bastará que apuntemos los cambios mas importantes realizados en este territorio, cambios que el primer califa egipcio debía ver. En el mes de Rabí II del año 365 (diciembre de 976) falleció Mo'is en su capital, teniendo tan solo 46 años de edad. Al revés de su padre y de su abuelo, no procuró adquirir personalmente fama de hombre de guerra, y sin embargo, a él estaba reservado realizar el antiguo sueño de sus antepasados: crearse un Estado propio a las mismas puertas del de los abasidas, amenazando así la existencia de este último. Como príncipe inteligente y sensato supo elegir los hombres mas a propósito para la consecución de sus planes, y empleando prudente tolerancia con los elementos sunnitas y cristianos, asentar su dominación en el Egipto, que fué siempre terreno poco propicio a los ismaelitas. Su hijo y sucesor Nisar, llamado *El-Azis* (365-386 = 975-996), prosiguió la obra de su padre con igual espíritu, y es indudable que si en su fuero interno profesaron ambos las tradiciones ismaelitas, fueron, sin embargo, bastante cautos para no repeler a las gentes con escuetas manifestaciones de conceptos extremos. Semejante circunspección era tanto mas necesaria cuanto que las circunstancias obligaron al Azis a reforzar los contingentes de los bereberes kitama. Estos no bastaban ya para un Estado de tal magnitud; y especialmente, en vista de la grave situación de la Siria, se engancharon otras tropas, las cuales en su mayor parte eran cuando menos indiferentes a las opiniones ismaelitas. Como en todas partes, no hubo tampoco en el Egipto mas recurso que acudir a los turcos y a los deilemitas para allegar estos refuerzos. Ciertamente que estos últimos eran seiditas, pero los turcos, que estaban en gran mayoría, pertenecían por lo general al rito sunnita, y ya fuera por motivos religiosos, ya también por antagonismo nacional, pronto las nuevas tropas se indispusieron con los bereberes, cuyo resentimiento se desahogó, aun en tiempo del mismo Azis, en una sublevación (373=984). Los turcos fueron los que la reprimieron,

lo cual no mejoró, como se puede suponer, el espíritu de los africanos. Pero mientras que de este modo los fatimitas empezaban ya bastante temprano a dejarse arrastrar hacia la general decadencia del Oriente, lograron dar entonces un gran paso hacia la extensión de su poderío en la Siria. En el año 365 (976) El-Azis sacó al veterano Schauher del olvido a que había sido relegado en los últimos años de Mo'is para encargarle de la terminación de la temible lucha con Aftekin. Este llamó a los karmatas a su socorro, y Schauher tuvo que retroceder, siendo sitiado en Ascalon (366=977); mas Aftekin fué tan generoso o tan imprudente, o acaso se fiaba tan poco de sus propios aliados karmatas, que le permitió retirarse en cambio de brillantes promesas, de las cuales, como era de suponer, ninguna fué cumplida. En 367 (977) se trasladó el mismo Azis a la Siria, y parece que derrotó a los aliados cerca de Ramla; pero la tal victoria no debió de ser muy decisiva, pues que solo valiéndose de la traición pudo después apoderarse de la persona de Aftekin, obligándose además a pagar un tributo anual de 20,000 monedas de oro a los karmatas, que cesaron de ser desde entonces un peligro para los fatimitas.

El enemigo declarado de éstos, A'asam, había dejado de existir en 366 (976); la mayor parte de los individuos del consejo de regencia, entre ellos el último hermano de Abu Tahir, habían muerto también, y los reveses sufridos en los últimos años no eran a propósito para fomentar la concordia en el interior ni la consideración por parte de los beduinos. Los nuevos jefes, elegidos entre otros individuos de la familia de Abu Sa'id, creyeron, pues, mas conveniente volver a los antiguos senderos, que en los mejores tiempos del karmatismo les habían conducido a triunfos tan señalados: sus huestes volvieron a ser el azote de los abasidas, o sea de los buweihidas, y otra vez se dedicaron a saquear las caravanas de peregrinos y las comarcas fronterizas del Irak. Mas el karmatismo había vivido ya; en la Meca, donde entonces ejercían la suprema autoridad jefes propios, procedentes de los *cherifes*, o sea descendientes del Profeta, no imperaba ya su influencia; los beduinos no obedecían tampoco a los karmatas, a quienes infligieron una terrible derrota en 378 (988-989), y desde entonces cobraron ellos mismos el tributo de los peregrinos, mediante el cual acostumbraban los karmatas a permitir en años anteriores que se celebrase la peregrinación. Como meros señores de Lajsa se hace todavía mención de ellos en 429 (1037-1038); pero luego ya no se vuelve a hablar mas de los karmatas, que durante tanto tiempo habían sido el terror de tres grandes pueblos.

Fuó un verdadero hado adverso el que privó a los fatimitas de su instrumento mas útil en el preciso instante en que podían esperar con su ayuda hacerse dueños de todo el Oriente. Limitados a sus propias fuerzas y las del Egipto, no pasaron mas allá de las fronteras de la Siria, y la secreta liga ismaelita, cuya influencia se acrecentaba cada día en todas las provincias orientales, acabó por escapárseles de las manos y se constituyó en un poder independiente, que no se cuidaba ya de los destinos de los descendientes de su fundador. Esto no obstante, la historia de los fatimitas tiene mucho mayor interés que la de otras dinastías secundarias, que en rápido cambio se sucedieron unas a otras en los dominios que habían sido del califato abasida, a causa de la tenacidad con que durante largo tiempo sostuvieron las singulares tradiciones de su familia y de los incidentes extraordinarios provocados precisamente por estas tradiciones. Los acontecimientos en la Siria no son, en verdad, mas que una pesada serie de rebeliones de los lugartenientes damascenos y de tentativas de inmixin, primero de los hamdanidas en los asuntos del Sur y luego, a la caída de la dinastía de Seif Ed-

Daula, de los emires fatimitas en las guerras civiles de Haleb. La no muy brillante pero asaz astuta política del Azis y su influyente visir Ibn Killis, el mismo que había enseñado el camino de Egipto al ejército de Schauher, logró poco a poco hacer algo mas dependiente a Damasco del Cairo, y si bien los hamdanidas fueron protegidos en sus últimos tiempos por el emperador Basilio, el acatamiento oficial que su mayordomo y luego usurpador Lulu prestó en el año 402 (1012) al califa Hakim, pudo hacer concebir a éste la ilusión de que en realidad dominaba en toda la Siria. Las repetidas guerras de fronteras con los bizantinos apenas alteraron en modo importante y duradero las respectivas condiciones territoriales; Antioquía siguió siendo en definitiva griega, y Hamat, Hims, Haleb y Damasco árabes, si bien los emires, y muy especialmente los que gobernaban los territorios de estas dos últimas ciudades, poco caso hacían a menudo del señor soberano que estaba en el Cairo. De cuando en cuando un enérgico general volvía por los fueros de la autoridad fatimita, como, por ejemplo, el turco Anuschtekin Disbiri, que en 429 (1038) tomó otra vez a Haleb a la dinastía de emires de los mirdasitas y aun logró la momentánea adhesión de algunas ciudades mesopotámicas. Fueron brazos mas robustos que los de los reyezuelos sirios los que finalmente arrojaron a los egipcios de aquel país. Hacia bastante tiempo que los sultanes buweihidas se entretenían en el Irak y las provincias orientales en destrozarse mutuamente en contiendas de familia y guerras civiles, y no eran, por lo mismo, sino el ludibrio de sus auxiliares turcos y deilemitas, como en otro tiempo lo habían sido los califas abasidas Musta'in y Mo'otás; hacia bastante tiempo, decimos, que los buweihidas no se ocupaban sino en sus guerras intestinas, cuando a mediados del siglo quinto (XI) vinieron del extremo Oriente nuevas huestes turcas, que debían acabar con los pequeños Estados, divididos casi en átomos, y reconstituir en su mayor parte, por breve tiempo, el antiguo imperio mahometano oriental. Eran los nietos de Seldyuk, caudillo turco que había emigrado del que es hoy país de los kirguizos a la Transoxania y cuyos descendientes se conquistaron entonces, a la manera de los jefes de los aventureros, el señorío de grandes reinos, como lo hicieron cien años antes los mismos buweihidas. El día 22 de Ramadan de 447 (15 de diciembre de 1055) ya se nombraba seldyucida Togrulbeg en la oración del viernes en Bagdad, y el 25 (18) hizo su entrada en la antigua ciudad de los califas como vasallo nominal, pero en realidad como señor del menguado abasida, quien a guisa de guarda espiritual del que era sultan a la sazón, vivía allí de las sobras de la mesa del jefe civil y político del Estado. A Melikschah, sobrino de Togrulbeg, estaba reservado ver sometido bajo su cetro, además del Norte, casi todo el occidente del Asia anterior. Sus tropas, en el año 463 (1071), conquistaron a las órdenes de Atsif a Jerusalem, y en 468 (1076) a Damasco. Lo mismo que el reino de los buweihidas, se dividió luego el gran Estado de los seldyucidas en una serie de territorios independientes cuyos señores guerreaban unos con otros, dando así ocasión a que los fatimitas penetraran otra vez hasta Jerusalem; pero en Damasco no volvió a gobernar un lugarteniente sirio hasta nuestro siglo.

Mucho mas interesantes que estos sucesos en el exterior, pero también mucho mas difíciles de poner en clara y exacta conexión, son los esfuerzos de los fatimitas para aprovechar su posición como jefes del ismaelismo para sustituir a los abasidas. Con los veinte mil hombres, o poco mas, de tropas berberiscas y turcas de que se disponía en el Cairo, se podía a duras penas conquistar la Siria, pero no la Mesopotamia ni el Irak; no había, pues, otro recurso sino procurar tender en estas provincias las redes ismaelitas de tal modo

que fuera posible tener un fuerte asidero en Bagdad. La insinuación felina con que el astuto Azis trató en el año 369 (980) de intimar con el buweihida Adud Ed-Daula, á la sazón en el apogeo de su poderío, fué apreciada en su debido valor por éste en una réplica muy cortés, que coincidió singularmente con la reproducción de la protesta de los alidas y sunnitas mas importantes de Bagdad contra la legitimidad de la genealogía fatimita. Varios indicios confirman que la propaganda ismaelita proseguía entretanto como antes sus secretas maquinaciones. El-Azis, que era en su trato privado de carácter expansivo y jovial, con afición á la suntuosidad y los placeres, y á pesar de toda su inteligencia dejaba á sus funcionarios, especialmente á Ibn Kellis, cuyos méritos por otra parte no se pueden negar, mayor libertad de acción de la que fuera conveniente, se hizo notable por algunas rarezas: favoreció á cristianos y judíos de un modo tal como no se había visto aun en el Egipto, y pretendía saber predecir lo futuro. Acaso fueran estos los preludios de una política que había de ir familiarizando gradualmente al pueblo con los principios y dogmas ismaelitas, mas por desgracia de los fatimitas el siguiente califa se dejó arrastrar de su propia inclinación y de las sugestiones de algunos fanáticos á dar el tercer paso en este camino antes que el segundo, y comprometió así gravemente no solo el éxito de sus propósitos sino tambien el porvenir de su casa. El hijo del Azis, Abu Alí El-Mansur, llamado *El-Hakim bi-emri'llah*, «el ejecutor del mandato de Dios,» (386-411 = 996-1021), es uno de los personajes mas singulares y enigmáticos que figuran en la historia. El que eche una ojeada á la masa de material anecdótico de los historiadores posteriores, que habiendo perdido la clave para descifrar el carácter y manera de ser de este príncipe, han amontonado desatentadamente y á porfía las historias bastardeadas y exageradas en boca del vulgo, considerará desde luego que Hakim no era ni mas ni menos que un loco, y así lo han considerado muchos. Pero tenemos un ejemplo inequívoco (1) que nos demuestra que este monarca, el mas extraordinario de todos los fatimitas, dió mayor motivo á la leyenda que cualquier otro de los príncipes de su raza para envolver su figura en espeso velo, al través del cual solo vagamente se vislumbrase algun rasgo principal. «En el año 395,—refiere el historiador de los califas egipcios (2),—se promulgaron las mas absurdas ordenanzas. Solo se permitía de noche el tráfico en los mercados y plazas, quedando cerrados los puestos de venta durante el día; despues se dispuso lo contrario, mandando que todas las casas estuviesen cerradas despues de la puesta del sol y que nadie se dejase ver en las calles. Se prohibió á las mujeres salir de sus moradas, y en su consecuencia á los zapateros que fabricasen borcegués para ellas; tampoco podían asomarse á las ventanas.... Para que en los baños se diferenciaren de los musulmes los cristianos y judíos, despojados de sus ropas, se mandó que los cristianos llevaran una cruz y los judíos una argolla pendientes del cuello.... Estaba prohibido vender cerveza y pescar lubinas ó peces sin escama,» etc., etc.

No todas estas prescripciones son, en verdad, tan absolu-

(1) Me refiero á la historia novelesca del asesinato de Hakim por instigación de su hermana, cuya crítica facilita el relato que poseemos, escrito por un egipcio cristiano unos treinta años despues de la desaparición del califa. Véase De Sacy: *Exposé de la religion des druses*, I, páginas CDXVI y siguientes, á cuyas irrecusables deducciones se puede tambien añadir que el motivo atribuido á la hermana de Hakim (página CDVI) se ve claramente que ha sido combinado con elementos sacados del conocido modo de proceder del califa con las mujeres egipcias (pág. CCCLXXII).

(2) Wüstenfeld: *Historia de los Califas fatimitas*, pág. 179.

tamente absurdas. La prohibición de salir á la calle despues de la puesta del sol y el encierro de las mujeres se explican por el deseo de poner límites á la vida licenciosa de una gran ciudad; la disposición referente á los cristianos y judíos es un complemento de las ordenanzas de Omar sobre la manera de vestir, cuyo rigor se había aumentado tambien considerablemente en Bagdad en tiempo de Mutawakkil, y demuestra, lo mismo que la prohibición de la embriagadora cerveza, el propósito de hacer prevalecer en todo su vigor los principios del Islam. Mucho de las otras prescripciones no nos lo podemos explicar ciertamente (3), mas no por eso hemos de considerarlo desde luego como mero capricho de un déspota que, sin embargo, en otras materias procedió con tanta conciencia del objeto que se proponía. La tradición no nos suministra sino hechos concretos, en parte desfigurados y exagerados, y sería verdadera maravilla que aun hoy fuera posible descifrar todos estos enigmas sin excepcion alguna. A menudo tienen profunda significación ciertos actos que se nos refieren de aparente crueldad arbitraria. Así, por ejemplo, cuéntase que una noche saliendo Hakim á paseo, segun acostumbraba, montado en su asno, y solo acompañado de dos de sus guardias, tropezó con diez hombres bien armados (probablemente soldados turcos) que se atrevieron á pedirle dinero. «Dividíos en dos bandos y pelead; el que resulte victorioso tendrá dinero,» dijo el califa. Cayeron inmediatamente unos sobre otros y lucharon hasta que nueve de ellos quedaron tendidos sin vida en el suelo. Hakim arrojó un puñado de monedas de oro al vencedor, pero cuando éste se inclinaba para recogerlas, los guardias, á una seña que le hizo su señor, lo acuchillaron allí tambien. Notable é importante era, segun se nos dice, el aspecto personal de este singular soberano. «Era su aspecto terrible como el de un león,» así le describe un autor casi coetáneo suyo; tenía los ojos grandes y de un azul oscuro que tiraba al negro, no pudiendo sostenerse su mirada; su voz era fuerte y causaba pavor. En su modo de ser había una mezcla de capricho y crueldad, de impiedad y superstición. Adoraba, segun se dice, muy especialmente al planeta Saturno y creía estar en relaciones con Satanás. Asegúrase que en el transcurso de su reinado fueron víctimas de sus bárbaros instintos unos 18,000 hombres. Me parece que podemos elegir entre ver en este hombre enigmático á un tirano de talento, pero caprichoso y transformado en la escuela de los ismaelitas en maniático adorador de su propia persona, ó considerarle, acaso, como un príncipe de dotes extraordinarias, llevado, sin embargo, por las tradiciones y la historia de su casa á sentir soberano desprecio á los hombres, á los cuales creía deber amoldar, cual si fueran blanda cera, á fin de educarles y prepararles tal vez para algo mejor. Es posible tambien que en su contradictoria naturaleza se reunieran en mayor ó menor proporción uno y otro de estos caracteres. Sea de todo esto lo que fuere, segun el desenvolvimiento que un eminente historiador (4) atribuye á la política de Hakim, resulta que éste fué en el primer período de su reinado (386-408 = 996-1017) alternativamente siita y sunnita, y que en el segundo (408-411 = 1017-1021) intentó introducir como religion del Estado el dogma ismaelita de la encarnación del espíritu divino en el *nátik*, extremándolo hasta el punto de pretender honores divinos para sí mismo, como el séptimo y superior *nátik*. Así se explica que en los primeros tiempos ejerciera las mas atroces persecuciones contra cristianos y judíos, obligándolos á convertirse en masa al Islam, sometiendo á todo género de

(3) El comer peces sin escama estaba prohibido por su ley á los judíos y probablemente tambien á los mahometanos. (N. del T.)

(4) Dozy: *Essai sur l'histoire de l'Islamisme*, trad. por Chauvin. Leyde, 1879, págs. 283-291.

vejeciones á los mas dignos obispos y mandando derribar las iglesias y sinagogas en todos sus dominios, mientras que en la segunda época dejara de repente en completa libertad á cada uno profesar la religion que mas le conviniese, y hasta permitiera á los convertidos al Islam ingresar de nuevo en el culto á que habían pertenecido antes. Esto no se había consentido jamás anteriormente; pero ya sabemos que para los iniciados en los grados superiores del ismaelismo no tenía mas valor una religion que otra. Me parece inadmisibile la suposición de que las convicciones personales de Hakim pasaran por iguales fases que las reflejadas en sus disposiciones gubernativas. El hecho de que ya en el año 397 (1009) mandó promulgar la completa igualdad de los ritos sunnita y siita, y que luego en 400 (1010) él mismo se convirtió aparentemente al Sunna, así como el cumplimiento de las rigurosas ordenanzas sobre trajes y manjares del antiguo Islam, tan molesto y hasta duro no solo para judíos y cristianos sino tambien para los musulmes, no pueden explicarse, á mi modo de ver, en un príncipe educado desde jóven en los principios ismaelitas sino admitiendo que fuera su propósito llevar al ánimo de toda la población la poca importancia que en sí tiene el culto religioso y hacerle pesada y fastidiosa su propia adhesión á él. Naturalmente esto no puede ser mas que una mera suposición, no siendo menos difícil de averiguar lo que de todos sus actos ha de ser atribuido á él mismo y lo que pertenece á sus maestros ismaelitas; porque cuando subió al trono solo tenía un poco mas de once años de edad y diez y seis cuando se promulgaron sus «absurdas» ordenanzas, y por otra parte sabemos tambien que un siglo despues, en tiempo de los últimos fatimitas, la liga ismaelita se había hecho tan independiente que mas de una vez se decía de algunos de los visires ó generales que tenían en sus manos el gobierno efectivo: «Era ismaelita y no hacía caso alguno de los fatimitas.» La terrible órden ha sabido guardar bien su secreto casi en todo, y á nosotros solo nos consta positivamente el hecho de su existencia y del poderoso influjo que ejercía; las relaciones entre ella y los califas que creó están envueltas, acaso para siempre, en impenetrable misterio.

De todas suertes, lo cierto es que el Egipto, apenas en sazón entonces para el siismo, no lo estaba seguramente para los principios ismaelitas. Las buenas obras y sensatas disposiciones que no se pueden disputar al calumniado califa, no lograron impedir que se propagaran el descontento y la irritación entre el pueblo, cuya explosión en un terrible levantamiento llevó ya en el año 396 (1005-1006) la dinastía fatimita al borde del abismo. Un príncipe omniada, conocido bajo el nombre de Abu Rakwa y expulsado por el célebre mayordomo español del califa Hisham, *El-Mansur* (1), supo hacerse aceptar como iman por los árabes y bereberes de Barka, á quienes se habían hecho insoportables los generales turcos y que acudidos por él se alzaron contra Hakim. Derrotados los turcos que se enviaron contra ellos desde la capital, ya se encontraba Abu Rakwa á las puertas de ésta cuando los refuerzos mandados llamar á toda prisa de la Siria lograron en el momento crítico derrotar á los sublevados merced á una estratagemata. No escasearon tampoco posteriormente las revueltas intestinas. Ora se lanzaban las tropas turcas sobre los descontentos habitantes de la capital, ora turcos y bereberes peleaban con los guardias negros que Hakim tenía á su servicio para su custodia personal. No se puede negar que el propósito del califa de convertir el Egipto en el Estado modelo ismaelita, del que solo habían hecho un

(1) Llamado generalmente Almanzor; véase la última parte de esta obra.

ensayo incompleto los karmatas de Lajsa, fué causa de un hondo desquiciamiento del poder fatimita y labró la decadencia de la dinastía. Por malo que fuera ya el estado de cosas durante el primer período del reinado de Hakim, el segundo acabó por llevar al colmo la confusión en el país.

Ya en el año 395 (1004) se había inaugurado un nuevo instituto de enseñanza con el nombre de «casa del saber,» destinado á la explicación y propagación de las ideas siitas, como tambien de las aparentemente inofensivas del primer grado ismaelita. Muy incompleto fué el resultado que se logró con este instituto; el pueblo era y permaneció sunnita convencido. Grande fué, por lo mismo, el escándalo que se promovió cuando en el año 407 (1017) (2) un turco ismaelita llamado Dárasí, que había llegado de Oriente y era conocido como uno de los íntimos de Hakim, publicó é intentó leer en la gran mezquita un escrito en el cual exponía que el alma de Adan había transmigrado en Alí, yerno del Profeta, y de éste en los fatimitas y por lo mismo residía á la sazón en Hakim. La congregación se arrojó sobre el descarado hereje, que á duras penas pudo salvar su vida (3), mientras la perdieron muchos de sus partidarios, cuyas casas fueron saqueadas. Hakim le facilitó secretamente dinero y la fuga á la Siria, donde sus ideas hallaron mejor aceptación entre las poblaciones montañosas del Líbano meridional, que desde antiguo no habían sido fervientes adeptos del Islam, y así logró fundar la secta de los *drusos*, que le debe su nombre (4), y en cuyo dogma, que en lo demás tiene mucha analogía con la enseñanza ismaelita del cuarto grado, aun hoy figura como un dios el califa fatimita, á quien llaman «nuestro señor Hakim.» Sin haber aprendido nada de esta lección, el califa permitió todavía que en 409 (1018) y en 410 (1019) otros dos adeptos del dogma de su divinidad procuraran hacer prosélitos en la capital. El primero fué muy pronto expulsado por el pueblo; el otro, un persa, llamado Hamsa, prosiguió en su propaganda hasta el año 411 (1020), en que pretendió tambien hacer alarde de sus blasfemias en la mezquita. No fué mejor recibido que sus predecesores, hubo otra vez desórdenes, en los cuales tomó parte entonces la guarnición turca, y Hamsa no tuvo mas remedio que buscar su salvación en la fuga, como en otro tiempo Dárasí. Se juntó luego con éste, y fué la verdadera autoridad teológica de los drusos, que aun hoy observan su catecismo. Hakim se vengó de sus obtusos súbditos que no querían creer en su divinidad, sugiriendo á su guardia personal y á los turcos que se dieran buena vida á su antojo en la ciudad á costa de los habitantes, y ya nos podemos figurar cómo se aprovecharía la soldadesca de semejante indicación. A la postre, hasta los bereberes y los turcos rompieron las hostilidades con la guardia negra y hubo un espantoso desórden.

No es posible saber lo que Hakim se proponía con todo esto, pues en la noche del 27 de Schawwal de 411 (13 de febrero de 1021) desapareció de repente, rematando los muchos enigmas de su vida con este último que nadie ha descifrado todavía. Es pura invención la especie de que su hermana le mandó matar por temor á las amenazas de muerte que él la hiciera, y se ignora por completo lo que en realidad fué de él. Considerando lo que nos es conocido de su vida, no nos parece inverosímil que, convencido de la impo-

(2) Esta fecha no está bien determinada, pero es la misma que cita De Sacy y parece ser la mas verosímil; Wüstenfeld apunta otra en su *Historia de los Califas fatimitas*, págs. 206-207.

(3) Segun otra version, la perdió allí, pero esto no tiene visos de certeza.

(4) En árabe se les llama, segun la pronunciación mas exacta, *Ed-Darasiye*, «la hermandad de los Dárasí.»